

El Centenario de San Sebastián.

PROYECTO PRESENTADO EL 23 DE SEPTIEMBRE DE 1908

POR

D. ADRIÁN DE LOYARTE

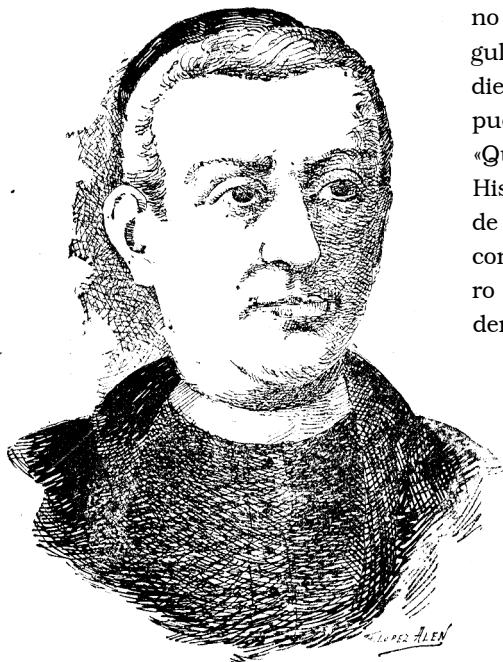
Señores de la Comisión del Centenario de la reedificación de San Sebastián.

RESPETABLES SEÑORES:

EN la prensa local del día 19 de Julio del corriente año, y con motivo de reunirse por primera vez las representaciones y entidades que habían de formar las distintas Comisiones cooperadoras en la hermosa obra de la conmemoración del Centenario de la reedificación de nuestra querida ciudad y derribo de sus murallas, se hizo un llamamiento a todas las personas que «quisieran colaborar patrióticamente con su inteligencia y su entusiasmo en la magna empresa que está a punto de abordarse».

Pues bien, dignísimos señores de la Comisión. El que suscribe, amante de las glorias y de todo lo que representa cultura moral y material de la M.N. y M.L. Ciudad de San Sebastián, quiere hacer recordar a esos respetables señores, una deuda de gratitud, una grandísima e inolvidable deuda que los hijos de San Sebastián deben a una de sus más claras inteligencias, a uno de sus más preclaros talentos, a uno de sus más eximios hijos que durante toda la segunda mitad del siglo XIX especialmente ha brillado en España entera como astro de primera magnitud, honrando, enalteciendo y poniendo a gran altura el pueblo que le vió nacer y el país que fué su cuna: San Sebastián y Euskal-erria.

No se escapa a la vida perspicaz de los cultos señores de la Comisión, que una de las razones fundamentales en que estriba el sentido social, histórico y político de los pueblos; el único sentido que delata la altura moral en que se encuentra; el punto de partida por el que se puede analizar el peso específico de un pueblo, es aquel que rinde un ferviente culto a las glorias de sus antepasados, aquel que jamás olvida los actos de sus hijos más ilustres. Bien sabéis que ya lo dijo el gran escritor Macaulay: «Que un pueblo al que no enorgullezcan las haz-



D. VICENTE DE MANTEROLA

ñas de sus remotos antepasados, no hará jamás nada digno de enorgullecer a sus remotos descendientes»; y otro gran hombre del pueblo inglés, Gladstone, añadió: «Quien carece del sentido de la Historia, está privado del sentido de adivinar el porvenir». Y en corroboración a lo que digo, quiero fijarme en un pueblo a la moderna; quiero fijarme en un país que figura a la cabeza de las naciones adelantadas; quiero fijarme, precisamente, en un país que en casi todo el transcurso de su historia ha sostenido continuas relaciones con la monarquía española. Se trata de Bélgica, señores. Bélgica no hace aún muchos años conmemoró el 75.^o aniversario de su constitución de reino independiente; y entre la gran serie de grandes fiestas, como inauguración de estatuas de sus hombres ilustres, colocación de lápidas, etc., etc., descolló por su magnificencia y esplendor, que fué admiración de Europa entera, una soberbia cabalgata de carácter histórico.

Pues bien; en San Sebastián, al lado de todos los demás números de fiestas que podían celebrarse; y monumentos, arcos, exposiciones de carácter científico, literario, etc., que podían erigirse, constituiría un

que no enorgullezcan las hazñas de sus remotos antepasados, no hará jamás nada digno de enorgullecer a sus remotos descendientes»; y otro gran hombre del pueblo inglés, Gladstone, añadió: «Quien carece del sentido de la Historia, está privado del sentido de adivinar el porvenir». Y en corroboración a lo que digo, quiero fijarme en un pueblo a la moderna; quiero fijarme en un país que figura a la cabeza de las naciones adelantadas; quiero fijarme, precisamente, en un país que en casi todo el transcurso de su historia ha sostenido continuas relaciones con la monarquía española. Se trata de Bélgica, señores. Bélgica no hace aún muchos años conmemoró el 75.^o aniversario de su constitución de reino independiente;

bello número del programa la erección de un mausoleo que depositara los restos mortales de aquel eximio orador donostiarra, del único orador que hemos tenido no solamente los donostiarras, sino los vascos en general, del insigne D. Vicente de Manterola, cuyos restos descansan hoy en vergonzoso olvido en pobre sepultura del cementerio de Alba de Tormes. ¡Ah! señores dignísimos de la Comisión. Cuando hoy se conmemoran las vidas de hombres de mérito relativo; cuando se levantan estatuas a personas que ni por sus méritos, ni por sus obras, se han hecho acreedoras a distinción tan imperecedera; cuando triunfa las más de las veces la influencia sobre el valer y la intriga sobre el talento, es tristísimo y apenas el ánimo contemplar que inteligencias tan preclaras, hombres de genio como D. Vicente de Manterola queden en el olvido, sin más recuerdo que el de unos cuantos amigos, ni más gratitud que la simple florecilla que surge en rededor de su tumba. Y tanto mayor es el olvido, cuanto más medios materiales emplea un pueblo para hacer expansiva y alegre su vida corporal.

Manterola, como sabéis, nació en esta ciudad de San Sebastián, donde, triste es confesarlo, no se rinde el culto debido a lo espiritual. Durante todo el siglo a que San Sebastián debe su engrandecimiento material, Manterola honró elocuentísimamente a su pueblo, consagrando su inteligencia, sus aptitudes, su extraordinario talento y su vida entera a representar, por decirlo así, a aparecer ante el resto de España como el carácter representativo de la vida espiritual de nuestro pueblo. Es decir, que allí donde estaba Manterola, allí honraba a San Sebastián; allí donde hacía gala de su talento, allí glorificaba a la vida espiritual de nuestro pueblo; allí donde triunfaba con su pluma, su palabra y su saber, allí compendia y enaltecía el nombre y la esencia del pueblo donostiarra. ¿Quién que escuchó sus grandilocuentes oraciones, tanto sagradas como políticas, no se conmovía, se persuadía y hasta se entusiasmaba con su extraordinaria elocuencia? ¿Quién que leyó sus brillantes escritos no los conserva como páginas de oro, de una literatura exquisita, de un lenguaje límpido y de una argumentación soberana? Voy a recordar, molestando la atención de los señores que me escuchan, un caso ruidosísimo de la vida de nuestro gran Manterola.

Era el mes de Abril de 1869. En el Congreso español se discutía uno de los más grandes y transcendentales problemas, que conmovie-

ron a la nación entera. En la tribuna española brillaban hombres de tanto talento y elocuencia como Martos, Figueras, Ríos Rosas, Olózaga, Echegaray, Cánovas, Monescillo, Cuesta, Castelar. Cada cual defendía sus ideas con elocuencia soberana; era un momento decisivo en la vida del pueblo español; Europa entera tenía fija su mirada en las Cortes españolas. La lucha era, pues, enconada, y el debate de palpitante interés. Cuando más animada continuaba la discusión, levantóse un hombre de elevada estatura, de mirada inteligente, de rostro simpático. Comenzó a hablar. Desde los primeros momentos sus palabras subyugaron la atención de toda la Cámara; al poco tiempo todos quedaron atónitos, estupefactos..... nadie osaba contestarle, ninguno se levantaba a contender con aquel brioso orador que desde su primer discurso hizo enmudecer a los primates de la oratoria española. ¿Quién era aquel hombre que con tanta elocuencia se expresaba, que con tanta autoridad hablaba y con tal argumentación se defendía? ¿De dónde venía? ¿A quién representaba? ¡Ah! señores de la Comisión del Centenario de San Sebastián. Aquel hombre era el que hasta entonces había brillado como orador sagrado de primera fila, y desde aquel momento se impuso como el primer orador de la Cámara parlamentaria. ¡Era el gran donostiarra D. Vicente de Manterola!; aquel Manterola que arrebatava a las muchedumbres, que su nombre iba de gloria en gloria y de triunfo en triunfo por toda la península, y que hoy yace tan olvidado hasta por su mismo pueblo! Cuando la Cámara no pudo contender con él, hizo un esfuerzo y declinó su responsabilidad en el Sr. Castelar. Y fueron tan elocuentes las dos oraciones, con tal habilidad esgrimieron sus armas los dos grandes oradores, tal fué la seducción que causó la oratoria de Manterola en el ánimo de Castelar, que acabados que fueron los discursos de uno y otro, Castelar abrazó con tal efusión a Manterola, que parecía rendir en aquellos instantes un tributo de sincero homenaje y admiración al insigne donostiarra.

Pues bien, señores, y rogando me perdonen si les fatigo por la lectura de este largo escrito, Manterola, a pesar de tan señalado triunfo en aquellas memorables Cortes, continuó defendiendo la causa que él la consideraba justa, con la misma brillantez que hasta entonces lo había hecho. Prueba de ello son los innumerables artículos que escribió en su importante revista *Vasco-Navarra*, y cuya colección forman varios gruesos volúmenes; sus notabilísimas conferencias sobre cuestiones filosófico-sociales, y que forman otro grueso volumen, titulado

«El Satanismo»; el sinnúmero de oraciones sagradas predicadas por todos los púlpitos de España; sus folletos debatiendo con las escuelas protestantes, y, por último, a más de otros muchos trabajos que me abstengo de enumerar en honor a la brevedad, su obra maestra «Afirmaciones Católicas». En una palabra, toda una vida consagrada a la defensa de la verdad, y extinguida precisamente en uno de los días que pronunciaba varias conferencias en honor de Santa Teresa de Jesús, en Alba de Tormes. ¡Así murió Manterola; el insigne Manterola!

Y ahora que nos encontramos casi abocados—pues el plazo no es nada largo para la índole de la obra que se va a acometer—para la celebración de unas fiestas como las del Centenario de San Sebastián, ¿seremos tan ingratos como para abandonar en el olvido a un donostiarra de tan soberana inteligencia? ¿No hemos de aprovechar esta oportunidad para hacer ver no solamente a nuestro querido pueblo, sino a todos los extranjeros, que San Sebastián no tan sólo ha dado durante el período de su progreso, durante el siglo XIX, hombres que han sabido administrar y hermohear nuestra ciudad, sino que también hemos rendido culto a la inteligencia y al saber por medio de varones tan excelsos como el gran Manterola? Cataluña ha levantado una estatua al inmortal Balmes. También San Sebastián tiene otra estatua levantada al patriotismo, al valor, al talento guerrero personificado en otro donostiarra: Oquendo. ¿No os parece, señores de la Comisión, que al lado de ella podía elevarse otra al saber, a la inteligencia, al artista de la palabra, personificada en Manterola? Pero si creéis que el gasto sería excesivo, yo os pido siquiera, en honor a la Historia, en honor al saber, en honor al patriotismo del pueblo donostiarra, que trasladéis siquiera los restos mortales de aquel insigne hombre a este cementerio, para que descansen bajo un decoroso mausoleo. Y un buen mausoleo, un artístico mausoleo, juntamente con una lápida conmemorativa en la casa donde nació; a un sabio, a un orador, a un gran escritor donostiarra, es lo menos—en mi modesto juicio—que debe otorgársele. Y deliberadamente he dejado para el final un detalle, que quizás para algunos sea de importancia capital. Digo para algunos, sin referirme a ninguno de los dignos señores que componen la Comisión, pues los considero por su cultura y elevación de miras, fuera del círculo del apasionamiento.

Los enemigos de Manterola le achacaban su debilidad por la política. Señores, nada más lejos de semejante afirmación. Toda persona

de relativa cultura que lea sus escritos, veraenellos un gran ardor en la defensa del catolicismo, un magnánimo corazón en la defensa de la pureza de la ortodoxia católica y un gran patriotismo hasta excesivo, si caben excesos en el patriotismo. Pero aunque así fuera, ¿no hubiera hecho una política de Itura? ¿no defendía las cuestiones más graves, remontándose como el guila a las más elevadas regiones? ¿no fué admiración de aquel Castelar que, como antes he dicho, le abrazó en plena Camara y a su muerte le dedicó memorabilísimo artículo en una de las más importantes revistas españolas, lamentándose de la muerte del más grande orador que entonces tenía la Iglesia? Entonces ¿a qué fijarse en una chinita que aplastamos a nuestro paso, cuando lo que tenemos a la vista es precisamente hermosísima e inconmensurable montaña? Pues qué, ¿hemos de postergar el saber, el talento, una indiscutible gloria donostiarra, a debilidades humanas que en mas o menos grado todos las tenemos? ¿Qué hubiera sido de los más esclarecidos varones si por fijarnos en su vida privada hubiésemos dejado de admirar sus maravillosas creaciones? No podríamos leer ni a Voltaire, ni a Rousseau, ni a Chateaubriand, ni a Taine, ni a Diderot, ni a Guizot; ni escucharíamos la música de Chopín, ni de Wagner, ni, en una palabra, admiraríamos las obras de los grandes genios si para ello tuviéramos antes que analizar sus flaquezas, abominar de sus ambiciones y escandalizarnos de las liviandades que muchos de ellos han cometido.

No me extendo más, señores de la Comisión del Centenario de San Sebastián. Os doy mis más sentidas gracias por vuestra atención en la lectura de este modesto escrito; pero a vosotros os pido con toda la lealtad de mi alma y con toda la fuerza de mi patriotismo, que en nombre de la cultura de nuestro querido pueblo; en nombre del recuerdo que debemos guardar por las legítimas glorias donostiarras; en nombre de la Justicia, la Historia y la Tradición, aprovechéis las fiestas del Centenario para trasladar los restos mortales desde Alba de Tormes a este cementerio, y elevar un monumento al más grande, al más insigne, al más esclarecido talento de los publicistas donostiarras: D. Vicente de Manterola. Sacarle del olvido en que se encuentra es deber de todo buen donostiarra; ponerlo como ejemplo de virtudes y talento á las generaciones sucesivas, es deber de todo buen gobernante; honrar su memoria, obligación ineludible de todo ciudadano.